

ERICKA MONTAÑO GARRAS

Los estados no pueden verse como víctimas de la globalización, por el contrario, son sus creadores, y las fuerzas que se oponen a esa integración deben comprender que nada pueden hacer en contra de la misma fuera de los estados, sino que los cambios deben ser desde dentro, afirma el investigador Leo Panitch, editor desde hace 20 años de la revista anual *Socialist Register*, que por segundo año consecutivo se publica en español.

Los dos volúmenes más recientes, de 2004 y de 2005, titulados *El nuevo desafío imperial* y *El imperio recargado*, respectivamente, se encaminan a analizar el "imperio americano", qué significan esas dos palabras en el nuevo siglo, quién lo maneja, cómo trabaja y qué tanto hay de cierto en su estabilidad o en su declive.

"Imperio", señala Panitch, es una palabra fuera de moda, que remite a nociones desarrolladas a principios del siglo XX. Por ello, agrega, es necesaria una reformulación de lo que es el imperialismo para el siglo XXI y sus relaciones con los demás estados dentro de la globalización y el movimiento internacional de capital.

Respecto del anunciado declive del "imperio estadounidense", el profesor de la Universidad York de Toronto subraya en entrevista vía telefónica que "señalar algo como la guerra en Irak o los problemas que tiene Estados Unidos para pagar sus deudas, no significa necesariamente que sea un imperio débil o en declive; eso sería no tomar en serio el tamaño de su poder económico, cultural y militar".

Hay que recordar que grandes imperios, como el romano, pese a sus problemas, tardaron siglos en caer y difícilmente puede imaginarse que el "imperio americano" colapse en poco tiempo.

En este momento "tenemos que entender el nuevo imperialismo de una manera muy diferente al viejo imperialismo. Muchos creen que Alemania, Japón o Europa en general va a desafiar al imperio americano, o incluso China, pero la realidad es que eso ocurrirá dentro de años".

Es cierto que dentro de ese imperio existen contradicciones y fracturas, pero las capacidades y fuerzas que están ahí son muy débiles aún y lo que debemos hacer es comprometernos a desarrollar esas capacidades y fuerzas, pero en un proceso muy lento. "Sería ingenio pensar que será fácil deshacer ese poder".

Aclarar malentendidos

Algo similar ocurre con la globalización. "Si sólo la vemos como algo que ocurre fuera de los estados o los gobiernos nacionales, como si fuera un monstruo que camina alrededor de ellos, perderíamos de vista el significado, es decir, que los estados, por supuesto dirigidos por el imperio americano, han estado involucrados en la hechura de la globalización, en su manejo, sus regularizaciones, codificación y legislación".

Si se puede hacer algo contra la globalización, añade, pero no se puede hacer rodeando a los estados, sino dentro de ellos, y no se pueden cambiar sin modificar las fuerzas sociales dentro de los propios estados. "Esto tiene grandes implicaciones para los movimientos antiglobalización, que a menudo piensan en términos de 'si el capitalismo es global e internacional, los movimientos sociales y políticos también tienen que ser internacionales', pero ignoran a los partidos locales porque estiman que carecen de poder".

"Eso es un error; los cambios tienen que ser dentro y a través de los estados, y después hay que trabajar en la internacionalización de los movimientos que se oponen a la globalización."

En este contexto, no se puede ser tan

■ Leo Panitch: error, desdeñar a partidos locales por considerar que carecen de poder

La lucha antiglobalización será eficaz sólo si se reinicia dentro de los estados

■ Ingenio, pensar que caerá pronto el imperio americano, dice el director de *Socialist Register*

emotivo como para decir que el papel de los intelectuales es central porque las fuerzas que necesitan reorganizarse son las políticas. Sin embargo, "como intelectuales, en las universidades o en los periódicos, sí podemos tener un impacto enorme en tér-

minos de clarificar qué es la globalización y terminar con las confusiones comenzando por estas dos creencias de que es algo que pasa fuera de los estados o es sólo el resultado de un proceso tecnológico".

Tal vez aclarando los malentendidos

"las personas puedan ver mejor qué hacer; y si se dan cuenta de que la globalización no es un proceso externo será muy importante, pero eso sólo podrá ocurrir si las fuerzas internas los invitan y utilizan para establecer estrategias".

Otras conversaciones con Jorge Fons

JOSÉ AGUSTÍN / I Y ÚLTIMA

El proyecto de la CTM sin duda era muy bueno y nos permitía combinar creativamente estimuladamente, pero cuando se cayó, el paso a Hoffmann, aunque ocurrió de una forma natural y el mismo Jorge Fons lo propuso, quizá no era lo adecuado. Lo terminamos, eso sí, y hasta donde recuerdo, pues no lo he releído en 30 años, no estaba mal. Pero Fons, nada pendejo, mejor se pasó a *Los albañiles*, de Vicente Leñero, que le llegó porque le correspondía. Adaptó la novela muy bien con Luis Carrión y se dieron el lujo de formar un dueto y cantar rupestremente algunas de las rolas en la película pues, en eso, Fons es de la estirpe severa, bergmaniana, que rehúye la música de fondo salvo la "incidental". *Los albañiles*, entre otras cosas, demuestra una vez más que la literatura y el cine son perfectamente compatibles. Fons, Leñero y Carrión resolvieron muy bien la estructura de la película en la que el tiempo, se desarticula y va del pasado al presente y al futuro con una gran habilidad, porque no se pierde la ilusión ni el espectador se desconcierta. Jorge no quiso meterse en el tema de Jesucristo, clave en la novela, porque sus inclinaciones espirituales, que las tiene, no iban por ahí. Pero su versión es muy buena, hasta se acepta que Ignacio López Tarso sea don Jesús, lo cual en un principio parecía imposible. Fons conocía el ambiente de cerca, e intuitivamente, así es que recreó de manera formidable la novela y el mundo de los albañiles.

Ya se sabe que Fons, como buen tauro, va despacio y se toma todo el tiempo para hacer películas. La publicidad y las telenovelas, en las que ha conquistado una respetabilidad que no tiene casi nadie, le permiten filmar lo que quiere. En los años ochenta se dedicó a realizar documentales que no he podido ver y de los cuales me interesa especialmente el de Indira Gandhi, un personaje muy complejo. Pero a fines de la década decidió tomar el guión de Xavier Robles, *Rojo amanecer*, sobre el 2 de octubre en Tlatelolco. Es de suponerse que la dificultad para obtener tomas de archivo o reunir el dineral necesario para reproducir la matanza con multitudes, ejército, halcones, helicópteros y demás, convirtieron a la película en un espacio más bien teatral, el interior de un departamento, que refleja el exterior. Esta película se filmó durante el primer año del régimen de Carlos Salinas de Gortari, el cual se negó a autorizar la exhibición comercial a causa del paternalismo tradicional y el control social implícito, pero, como ocurriera 20 años antes con *Reed*, de Paul Leduc, que obligó a cambiar de rumbo la política cinematográfica de Luis Echeverría, la lucha por la exhibición de *Rojo amanecer* también modificó cualquier idea del cine que Salinas pudo haber tenido. La película de Fons tuvo un gran éxito, entre otras cosas, porque nos devolvía el

mito del 68; los nuevos jóvenes pudieron tener una idea muy elocuente de la noche de Tlatelolco, lo cual, en tiempos cada vez más oscuros y deshumanizados, hacía falta. Pero también fue puerta de otro nuevo ciclo del cine nacional. Se exhibieron al fin las buenas películas "enlatadas", nomás porque sí, en los años ochenta, y nuevas realizaciones mostraron la eficacia profesional de un cine que empezó a abrirse camino entre las estrechísimas veredas, para nosotros, de la globalización. Finalmente en México había los profesionales, de los que Fons es precursor, al nivel de lo mejor del cine mundial.

El callejón de los milagros, basado en la novela del egipcio Naguib Mahfouz, es un melodrama con múltiples guños al viejo cine mexicano. Fue afortunadísimo trasladar la historia de Egipto a México y Vicente Leñero, el guionista, la armó como el experto en la materia que es: trastocando el tiempo sutil, casi imperceptiblemente. Es una obra de madurez, lograda en su totalidad, aunque en esta ocasión el desafío es el uso del melodrama con plena conciencia e impecabilidad inobjetable y, por tanto, desafiante. Después Fons hizo la minipécula *La cumbre*, un ejercicio de concisión parabólica a través del contraste entre dos parejas de padre e hijo, de clases sociales distintas, ante el mismo paisaje, el mundo, la naturaleza, México. Uno quiere poseerlo, pero al otro le basta con disfrutarlo. La toma que predomina, con la muy bella oscuridad por delante, sostiene la red de significados de esta obra "monterrosiana", en la que por cierto, ¡qué sutilezas!, son gemelos unicelulares tanto los actores que interpretan a los padres y a los hijos.

Jorge Fons, una de las personalidades claves y más fascinantes del cine nacional, demostró su maestría en el largo, corto o minimetraje. Fue continuidad y ruptura. Supo apreciar y aprender de los viejos cineastas mexicanos e introdujo la "nueva sensibilidad" a través del dominio y del refinamiento de los recursos del lenguaje cinematográfico. Ha filmado con talento, sentimiento y conciencia plena, comprometida; sin perder honestidad ni principios, sin caer en las tentaciones del medio o de los *cheap thrills*. Es antecedente de los directores más jóvenes y sobresalientes del cine mexicano del nuevo milenio porque modificó el concepto del lenguaje, lo abrigó y lo puso al día, además de que dio lecciones sobre cómo enfrentar el dilema entre el arte y la industria. A fin de cuentas, eligió el camino del arte, de ahí que su obra, como la de Rulfo, sea densa y rica precisamente por selectiva.

PAPALOTE EN PÍXELES



Las computadoras se han convertido en columna vertebral del Museo del Niño. Sin ellas, 90 por ciento de las casi 300 exhibiciones carecerían de sentido ■ Mónica Mateos-Vega

Texto leído en la presentación del libro *Conversaciones con Jorge Fons* (UdeG, 2005), en la Cineteca Nacional